

Alberto C. Cabral\*

## Los estereotipos de género del analista y su incidencia en la dirección de la cura

La noción de “estereotipos de género” agrupa el conjunto de atributos diferenciales con valor performativo que regulan la distribución de los roles masculino y femenino en cada cultura. Históricamente determinados, son por ello variables: a lo largo del tiempo, pero también -en una perspectiva sincrónica- en el interior de los diferentes segmentos que componen el “todo” social. Los analistas los hemos abordado como rasgos del Ideal del yo: esto es, aquellos valores e ideales que dan cuerpo al libreto simbólico que prescribe, para cada grupo de pertenencia, la forma particular de habitar el “universo” hombre o el “universo” mujer.

Los intensos debates en torno a estas temáticas, promovidos en los últimos años por los movimientos feministas y por las sexualidades disidentes, han tenido el mérito de sacudir certezas e introducir interrogantes, también en el interior del campo analítico. Es así como un número importante de analistas hemos empezado a tomar distancia respecto de preconceptos teóricos que orientaron clásicamente nuestro abordaje de estas situaciones clínicas.

Es el caso -para la escuela inglesa- de la postulación de un núcleo psicótico en el trasfondo de la homosexualidad. Otro tanto podríamos decir -ahora como efecto de difusión inicial de la enseñanza de Lacan- de la distinción estricta entre tres estructuras (neurosis, psicosis y perversión), que confinaba la homosexualidad al campo de la perversión. Ambos axiomas constituyeron durante décadas (para muchos colegas, aún ahora) referencias excluyentes a la hora de internarse en esta clínica compleja.

En la actualidad, estos postulados son objeto de intensas controversias. Entre quienes seguimos la orientación lacaniana, recordemos la conmoción (las réplicas aún subsisten) suscitada por la intervención de Paul Preciado en el último congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). La intervención de Jorge Reitter en el último congreso de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) tuvo, en otra escala, resonancias parecidas.

Son discusiones en las que se juega en forma privilegiada la revalidación de la condición contemporánea de nuestra disciplina. Esto es, su aptitud tanto para alojar las nuevas demandas que brotan de los malestares actuales como para seguir ocupando el lugar de interlocutor válido en los debates que atraviesan nuestra época.

\* Asociación Psicoanalítica Argentina.

Con el telón de fondo de estas cuestiones en disputa, me propongo abordar la incidencia de los estereotipos de género *del analista* en la dirección de la cura. Revisaré, en esa perspectiva, testimonios de analistas de diferentes regiones y épocas, con los que en muchos casos mantendremos transferencias que orientan nuestra práctica.

### S. Mitchell: Implicación subjetiva y puntos ciegos

En primer lugar, voy a compartir los trazos gruesos de una referencia clínica de Stephen Mitchell (2017-2018) que discutimos hace pocos meses<sup>1</sup> en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Me propongo hacerla girar en torno a nuestro eje. El analista transmite las resonancias subjetivas que tiene para él la consulta de George, un paciente joven que relaciona espontáneamente su sintomatología (dificultades para concretar lo que insinúa en el campo profesional y en su vida amorosa) con su historia infantil. Su madre murió cuando él tenía cinco años; su padre quedó tan devastado y deprimido por la pérdida que no pudo hacerse cargo adecuadamente de él, cosa que sí hizo una tía, que se convirtió en una figura materna cálida y protectora. El paciente comenta en esa primera entrevista que, si bien se siente cómodo con Stephen, está prácticamente decidido a comenzar su análisis con otra analista, mujer, con quien ya tuvo varias entrevistas y se sintió muy a gusto.

Mitchell nos transmite que se vio invadido por la sensación -inhabitual en él- de que su consultorio era poco vital y acogedor, y que él mismo era poco creativo y difícilmente pudiera aportar intervenciones suficientemente enriquecedoras para ayudar al paciente. Y nos comenta que seguramente incidía en estas vivencias el hecho de que la historia de George le evocaba la propia: él también perdió a su madre, y también su padre tuvo dificultades para ocuparse de él después de la muerte de su mujer. Y nos dice: percibí que buena parte del esfuerzo que me demandaría el tratamiento tendría que ver con “mi lucha por reconectarme con una versión femenina y maternal de mí mismo” (p. 123).

Un primer punto para señalar es la no discriminación entre “femenina” y “maternal”. Una indiscriminación que ya pondría en guardia a nuestras amigas feministas de hoy, atravesadas por la convicción de que la maternidad no agota la problemática del deseo femenino. Es una tesis que Lacan promovió ya a fines de la década del cincuenta y cuya originalidad hay que sopesar con el trasfondo de las vacilaciones de Freud al respecto, y por la distancia que marca con afirmaciones categóricas como las de Marie Langer (1952/1976) en *Maternidad y sexo*: una mujer no se realiza por completo si no puede experimentar la maternidad.

Pero la afirmación de Mitchell podría asombrar también a nuestras feministas porque: ¿Sigue siendo sustentable la tesis que adscribe la fun-

1. Los ricos comentarios de C. Nemirovsky, R. Spector y M. Toyos pusieron el acento en otros aspectos del texto de Mitchell.

ción de cuidado al campo materno? ¿Y seguimos sosteniendo que “lo materno” constituye un rasgo que es patrimonio excluyente del género femenino? ¿O se trata de una función no necesariamente acoplada a la posición sexuada de un sujeto?

Es lo que parece sugerir la clínica de parejas homoparentales, gays y lesbianas. Pero también la de parejas heteroparentales jóvenes: en aquellos casos –claro está– en los que la reformulación consensuada de la distribución convencional de roles se sostiene en algo más que en un “deber ser” *aggiornado*. Apoyado en estas observaciones, un Hamlet actual podría argüir ante nuestros colegas aun aferrados a estereotipos clásicos: “Hay más cosas entre el cielo y la tierra que las que registra tu filosofía...”

Me interesa abordar las consecuencias que se desprenden de la afirmación de Mitchell para la dirección de la cura. Es que podría conjeturarse una orientación muy distinta si se considerara su *implicación subjetiva*<sup>2</sup> con la demanda que habita el discurso de George. Su testimonio permite suponer que está sostenida en una identificación con una figura paterna frágil, con pocos recursos para elaborar un duelo y afrontar a la vez el cuidado y la contención de un hijo que ha perdido a su madre. Diríamos que el encuentro particular con la problemática de George confronta a Mitchell con las inconsistencias del padre que lo habita como analista: inconsistencias que, si fuesen advertidas, le permitirían escuchar a su analizante sin los escotomas que le imponen sus “estereotipos de género”. Más rigurosamente: desapegado de identificaciones paternas que perturban la “puesta a punto” de su deseo de analista.

### Recalcati y la idealización materna... aun

Las referencias de Lacan a la función materna y a la función paterna no se detienen en ese punto de llegada –valioso, pero provisorio– que son sus desarrollos del seminario 5 (1957-1958/1999) –los famosos tres tiempos del Edipo–. Es el punto en el que suelen detenerse sus críticos, y a veces también algunos de sus comentaristas. Sus desarrollos posteriores son muchos, y me parece conveniente no considerarlos complementos de sus primeras aproximaciones: no conforman una sumatoria que permita constituir una totalidad sistemática, al estilo de la *Summa Theológica*. Sí podemos considerarlos suplementos, no necesariamente armónicos, y que más bien podrían evocar la figura del *patchwork*.

Uno de ellos es “Nota sobre el niño” (Lacan, 1975/2012). Ahí, Lacan se refiere a la función materna, subrayando que “sus cuidados llevan la marca de un interés particularizado” (p. 393). Apunta a la aptitud para alojar la singularidad insustituible que constituye su cría: los casos de hospitalismo (René Spitz) permiten constatar los estragos de una atención profesionalizada, técnicamente impecable... pero despojada de un deseo singularizado que la sostenga. Lo rubrican, en casos no tan extremos, las formaciones reactivas que enmarcan los cuidados “políticamente correctos” de un hijo no deseado.

Algunos comentaristas de Lacan –Massimo Recalcati (2018) entre ellos– consideran que esta disposición a alojar la singularidad irreductible del hijo es un atributo exclusivo del deseo materno. La función paterna, en esta perspectiva, estaría atravesada por la universalidad que conlleva la relación con la Ley. De nuevo: el acople rígido de lo materno y lo singular, así como de lo paterno y lo universal, parece más bien un efecto de los estereotipos de género. Lacan ha subrayado la articulación privilegiada del deseo *femenino* (no del materno) con lo singular y del deseo *masculino* (no del paterno) con lo universal: es lo que se desprende de las fórmulas de la sexuación, y el conflicto de Antígona con Creonte sigue siendo una referencia privilegiada.

2. Siguiendo a Lacan, prefiero esta denominación a la clásica de “contratransferencia” (Cabral, 2009).

En el mismo texto (Lacan, 1975/2012), y con relación al padre, nos dice que “es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo” (p. 393). Mi impresión es que apunta al hecho de que la Ley, siempre universal..., se encarna en forma exquisitamente singular en el deseo (la “carne”) particular de cada padre. Se trata de “una” encarnación (entre las muchas posibles) que determina –parafraseando a Lacan– que lo universal de la Ley condesienda a un deseo singular, y también singularizante. Podríamos decir que cuanto más singular es el deseo que se pone en juego, más singularizante es en su dirección al objeto. Esto es: tanto más se aleja de la condición anónima e impersonal que enuncia un “Se desea”, equiparable al “Se cuidan niños” que suponemos en el trasfondo del hospitalismo.

La insistencia de Recalcati (2018) en el “interés particularizado” por el propio hijo como una “lección de la maternidad, que es la lección de unos cuidados que prescinden de la Ley de lo universal [...] y recuperan la centralidad del rasgo singular” (pp. 82-83) parece por ello abreviar –aun– en el terreno de la idealización de la madre. Es un *topos* retórico que participa de los estereotipos de género transmitidos por el discurso religioso, como muy bien desarrolla el autor en uno de los capítulos..., sin por ello quedar eximido de sus efectos. Es una prueba más de que la posición subjetiva de cada quien va mucho más allá de las convicciones yoicas, por enfáticas que estas sean.

La novela *La hija oscura*, de Elena Ferrante (2018), recientemente llevada al cine por Maggie Gyllenhaal (2021), capta, en cambio, con sutileza, la faceta “oscura” de la maternidad que la idealización tiende a desmentir y que la ideología dominante tiende a confinar en la patología para preservar la integridad de los estereotipos que sostiene.

Es lo que cuestiona crudamente, también, la investigación de Hugo Tórrez Pinto en el marco de un estudio patrocinado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef, por sus siglas en inglés): *Violencia contra la niñez en Bolivia* (2007). Tórrez Pinto estima que un 80% de los niños de Bolivia recibe castigos violentos de diferentes miembros del hogar, con predominio de las madres respecto de los padres, en una proporción *cuatro veces mayor*, y detalla que emplean golpes con chicones, correas, palos, mangueras, sogas; de puños, de pie; echándoles agua, etc (pp. 49-50).

### El peso de la *Zeitgeist* en W. y M. Baranger, y en J. Lacan

Las referencias a M. Langer, a S. Mitchell y a M. Recalcati permiten ya sopesar hasta qué punto nuestros estereotipos de género pueden condicionar los abordajes de estas problemáticas. Lo rubrica una relectura en clave contemporánea de algunos desarrollos de Willy y Madé Baranger en torno al baluarte.

En uno de sus textos, los autores (M. Baranger y W. Baranger, 1961-1962/s. f.) afirman:

El analista puede intervenir eficazmente en él [el campo] cuando el analizando “se juega”. [...] El baluarte ha sido descrito en la literatura, sobre todo en relación con los pacientes homosexuales o perversos en general: quieren poner en juego todo, excepto su actividad perversa, fuente de gratificaciones extremadamente valiosas. (p. 20)

En el contexto actual resulta clara la patologización que el texto transmite de la posición homosexual, considerada una variante particular de la perversión. Ocurre lo mismo con la promoción de la “clase” de “los” homosexuales: como si existiera una manera “única” de habitar esa orientación sexual. Hoy nos resultaría llamativa también, por su sesgo normativizante, la convicción de que, como efecto de la cura..., “los” homosexuales (si tuvieran a bien “poner en juego” su “actividad perversa”) podrían modificar su elección de goce.

Resulta sorprendente la similitud de estas aseveraciones de Willy y Madé con las que Lacan despliega en el último apartado de su clase del 29 de enero de 1958 (1957-1958/1999). Si se la relee con atención, se podrá ver que, en ese momento de su enseñanza, también Lacan participa de la ilusión de construir la categoría de “los” homosexuales y comparte la tesis del “aferramiento” a su posición de goce: “Lo que muestra la clínica de los homosexuales [...] es que [el sujeto] se aferra muchísimo a su posición de homosexual” (p. 313). E intenta a lo largo de la clase desentrañar las razones por las que “su posición se ha convertido en algo tan precioso y primordial” (p. 215).

Hoy podríamos decir, risueñamente, que “el” homosexual se aferra a sus condiciones de goce con una determinación semejante a aquella por la cual “el” heterosexual se aferra a las propias..., aun cuando la clínica contemporánea, en particular con adolescentes, muestra con mucha frecuencia posicionamientos oscilantes, que en otras épocas tendían a ser objeto de la represión y quedaban confinados en el inconsciente. El mismo Lacan apuntaba esta observación en una de sus primeras relecturas del caso Dora (1951/1980), al abordar su vínculo pasional con la señora K.

Pero queda planteada la pregunta: ¿alojamos genuinamente en el dispositivo a “los” homosexuales cuando nos proponemos “curarlos” de su orientación sexual? ¿O sucumbimos a un *furor curandis* que haría las delicias de la crítica de Foucault cuando enrostraba a nuestra disciplina la condición de “práctica disciplinante”<sup>3</sup>?

### Desafíos para la formación, y la tendencia a “segmentar” la clínica

Estas observaciones sugieren que también los analistas más sagaces pueden ser condicionados en sus abordajes por el efecto residual de “identificaciones indebidas”, aquellas “de las que nadie está exento”... (Lacan, 1964-1965/s. f., p. 98), tanto más cuanto circulan avaladas por estereotipos que participan del *Zeitgeist* (“espíritu de la época”).

Por supuesto que hacer una descalificación *in toto* de textos como los que evocamos sería incurrir en un anacronismo: una fuente que nutre los excesos de la “cultura de la cancelación”.

3. Al momento de escribir estas líneas, el Parlamento de Francia aprobó por unanimidad la prohibición de las llamadas terapias de conversión para personas LGBT+. La nueva ley establece que quienes tengan como objetivo “modificar o reprimir la orientación sexual o la identidad de género” (Francia prohibió por ley las “terapias de reorientación” sexual, 25 de enero de 2022, párr. 2) y que afecten la salud física o mental de las personas serán castigados con hasta dos años de cárcel y 34.000 dólares en multas. La pena puede aumentar a tres años de reclusión y sanciones económicas de 50.000 dólares por prácticas que involucren a menores u otras personas vulnerables. La sanción de la norma pone en evidencia que todavía se sigue apelando a esa clase de tratamientos, equiparando la orientación sexual a una enfermedad. “Nada que curar” (párr. 6), destacó la diputada feminista Laurence Vanceunbrock.

Sería también unilateral, porque estamos poniendo el foco en forma excluyente en *un* aspecto de entre los muchos que hacen a la riqueza que conservan.

Pero –por otro lado– nuestros maestros merecen otro destino que el de las lecturas religiosas, *sub specie aeternitatis*, que, a cambio de una ilusoria indemnidad frente al paso del tiempo..., los condenen a la condición de piezas de museo. Es una ilusión que participa de una posición reverencial, subsistente en algunos colegas, que conspira contra los esfuerzos por renovar la necesaria condición contemporánea de nuestra disciplina.

Como quiera que sea, es un hecho que cada vez más los analistas asumimos hoy los desafíos teórico-clínicos implicados en el deseo de alojar en el dispositivo las nuevas demandas que surgen, por ejemplo, de las nuevas formas de ser padre y de ser madre. Son diseños que se cruzan, pero no se superponen, con las también nuevas formas de habitar las posiciones sexuadas que atraviesan a las subjetividades de hoy y que hacen estallar la clásica distinción binaria de géneros.

En este contexto, me despierta reparos la denominación de “analistas con perspectiva de género”, que para algunos colegas parece recortar un rasgo diferencial de su práctica. Mi impresión es que no es conveniente contribuir a la “compartimentalización” de nuestra clínica ni a la proliferación de “especialidades” que la segmenten. Tanto más, tratándose de las posiciones de goce y de las identificaciones de género de quienes nos consultan, que constituyen aspectos nucleares de *toda* experiencia analítica.

Los testimonios que evocamos, a la vez, muestran que *todos* los analistas trabajamos, en nuestra clínica, atravesados por la propia perspectiva de género (Wald, 2019). Es más: “somos trabajados” por sus estereotipos. Tanto más cuanto menos advertidos estemos de las identificaciones y las posiciones de goce que las condicionan. La medida en que nuestro propio análisis ha permitido esmerilar el poder rector de esos libretos inconscientes determina –en última instancia– nuestra intolerancia o, por el contrario, nuestra disposición a alojar la singularidad de las elecciones de goce de nuestros analizantes.

Es por eso que el propósito de incluir en la formación analítica estas problemáticas requiere mucho más que el diseño de un plan de seminarios *aggiornado*, que incorpore una bibliografía actualizada. Supone asumir que estas nuevas demandas ponen a prueba la disposición genuina de cada analista para alojar lo diferente, sin rechazarlo ni patologizarlo. Para decirlo en términos de Lacan (1964/1987), es una clínica que requiere una puesta a punto del deseo del analista como “deseo de obtener la diferencia absoluta” (p. 279): una meta que excede la condición *open mind* que brindan las buenas lecturas.



### El analista ante las demandas de reasignación de género: Plasticidad y fijeza de la vida erótica

Son conocidas las problemáticas jurídicas, éticas y médicas que suscitan las cada vez más frecuentes demandas de reasignación de género. Confrontados a ellas, es conveniente que los analistas resistamos la tentación de ocupar el lugar al que a veces se nos convoca: el de supuestos “especialistas” en sexualidad, con derecho y aptitud para emitir sentencias definitivas. Lo que sí podemos ofrecer (y claro que es mucho) es un espacio de intimidad para que el sujeto pueda intentar un escrutinio genuino, lo más exhaustivo posible, de su deseo y de sus posiciones de goce... para poder “elegir” si quiere lo que desea (Cabral, 2020).

Esto supone para el analista estar suficientemente advertido, tanto de la plasticidad y variabilidad del deseo en su vertiente metonímica (simbólico-imaginaria), como del peso de las “invariables relativas” que en cada quien fijan las posiciones de goce y la vertiente real del propio deseo. La cura analítica puede acompañar al sujeto al umbral de su elección, que siempre será *nachträglich*. Esto es, nunca *a priori*: ni dictada por las demandas iniciales del eventual analizante ni mucho menos por los prejuicios o elecciones propios del analista. La siguiente “anécdota” puede resultar ilustrativa.

En el curso de una Jornada convocada en París en 2003 conjuntamente por la École Lacanienne de Psychanalyse (ELP) y el Centro de Ayuda, Investigación e Información sobre la Transexualidad y la Identidad de Género (CARITIG, por sus siglas en francés), J. Allouch (2 de noviembre de 2005) cerró su ponencia –conceptualmente rica, amén de autocrítica– transcribiendo un testimonio de P. Califia.

Reparemos en la “P” que antecede al apellido. A lo largo de la vida de Califia, la P correspondió primero a Patricia (su nombre al momento de la anécdota), luego a Pat y actualmente a Patrick: tres nombres que suscriben una obra múltiple, que constituye la faceta teórica de una figura relevante del activismo *queer*. Dejo abierta la cuestión de si la homogeneidad que permite la P traduce la unicidad de una obra (es mi impresión) o si promueve un forzamiento que desdibuja las diferencias que imprimen identidades heterogéneas. En otras palabras: las sucesivas identidades de género ¿dejan su marca singular en la autoría? Es un interrogante que puede problematizar las reflexiones de Foucault en torno a qué es un autor.

Pero vayamos a la anécdota:

Romper los prejuicios es el trabajo de toda una vida. Recientemente tuve una experiencia muy instructiva. He descubierto que una de las damas que frecuentaba desde hace largo tiempo era transgénero. Ese descubrimiento me dio pena, pues me gusta creer que mi sistema “radar” localiza bien tanto a los trans como a los gays. Ella no tenía la intención de mentirme: pensaba que yo ya lo sabía. Dado todo lo que había hecho para informarme sobre la transexualidad, pensé que eso no haría ninguna diferencia. Pero me encontré sorprendida [en femenino; este relato es del tiempo en que Patrick era Patricia, y se definía como lesbiana] al mirarla de forma diferente. De pronto sus manos me parecían demasiado grandes, su nariz rara, ¿y qué decir de la nuez de Adán? ¿No tenía una voz un poco grave para una mujer? ¿No era terriblemente autoritaria, exactamente como un hombre? ¡Y, mi Dios, qué peludos eran sus antebrazos! Cuando me sorprendí pensando esto, reí, aunque había un poco de tristeza en mi risa. La transfobia es muy difícil de erradicar. El género no solamente es un problema teórico o político. De todos los temas “personales entonces políticos”, este es el más personal de todos. El miedo a los transexuales está en cada uno directamente ligado al miedo a su “yo” del sexo opuesto. (párr. 15)

La franqueza del testimonio de Califia permite algunas reflexiones. Aceptemos por un momento que la escena activó y puso en evidencia el peso de lo que denomina sus “prejuicios”, hasta entonces subestimado. Resultan claros, entonces, los límites de la “información” que brindan las buenas lecturas. Es que los prejuicios, sostenidos para los analistas

en el arraigo inconsciente del ideal, requieren de algo más que buenos argumentos para poder ser desmontados. La eficacia esclarecedora de la información encuentra su límite en el punto justo en el que empieza a tallar el inconsciente, donde se abre el espacio al poder transformador de la cura analítica.

Pero el rechazo ante la evidencia de una voz grave y “terriblemente” autoritaria (“como la de un hombre”) y ante la desmesura del tamaño de las manos, o el “mi Dios” angustiado que surge ante unos antebrazos “peludos”... ¿vehiculizan necesariamente “transfobia” o pueden también ser indicadores de que las posiciones de goce de Patricia (las *Liebesbedingung* freudianas) imponen sus condiciones y fijan sus límites a la hora de definir con quien *sí* y con quien *no* se va a la cama?

Quizás donde Patricia (¿también Allouch?) registra tan solo “prejuicios”, se trata en realidad de la rigidez del cepo que establecen para cada quien las propias condiciones de goce. Es la objeción que –en mi opinión– eleva la experiencia psicoanalítica ante la pretensión voluntarista de cambiar de género con la misma facilidad con que se cambia de camisa (Judith Butler). En una rica conferencia dictada en 2022 en la Sociedad Portuguesa de Psicoanálisis, Fernando Orduz (18 de febrero de 2022) sostuvo con énfasis, en el intercambio posterior, una posición muy próxima a la del intelectual y activista *queer*. Contribuyó así a instalar un debate que nos interpela.

Retomando en esa perspectiva el interrogante que dejamos abierto: ¿ocurrirá con las posiciones de goce lo mismo que con el estilo<sup>4</sup> de cada quien, que parece mantenerse estable más allá de los cambios de género que intente transitar –por ejemplo– el autor? Podríamos aquí reformular la sentencia de Bismarck, ya parafraseada por Freud: la posición de goce (no el sexo anatómico) es el destino.

Ante las demandas de reasignación de género, el analista puede contribuir a que el sujeto precipite una elección suficientemente advertida de la plasticidad, pero también de los límites que su estructura subjetiva le permite. Apostamos, como siempre, a que el sujeto con sus elecciones expanda las chances de una vida habitable, *que merezca ser vivida*, y restrinja a la vez la seducción tanática que puede retenerlo en (o encaminarlo a) una vida insopportable.

## Resumen

Se aborda la incidencia de los estereotipos de género *del analista* en la dirección de la cura. El análisis de testimonios clínicos de colegas de distintas orientaciones (Mitchell, Recalcati, Lacan, M. y W. Baranger) permite destacar los escotomas que estos estereotipos pueden condicionar al promover “identificaciones indebidas” que comprometan la posición del analista, tanto más cuanto este opere menos advertido de su existencia. El análisis de un testimonio del teórico *queer* P. Califa se utiliza para destacar los límites que las condiciones de goce trazan a la plasticidad de la vida erótica y, por lo tanto, a la pretensión voluntarista de cambiar ilimitadamente de género (Judith Butler).

**Descriptor:** *Identificación, Deseo del analista. Candidato a descriptor:* *Estereotipos de género.*

4. Recordemos la sentencia de Buffon que gustaba evocar Lacan (1966/2003): “El estilo es el hombre mismo” (p. 3) [*Le style c'est l'homme même*]: el estilo no puede robarse ni transportarse.

## Abstract

The analysis of clinical testimonies of colleagues of different orientations (Mitchell, Recalcati, Lacan, M. & W. Baranger) allows highlighting the scotomas that stereotypes can condition, by promoting “improper identifications” that compromise the analyst’s position. All the more so, as the analyst operates less aware of their existence. The analysis of a testimony by the queer theoretician P. Califa is used to highlight the limits that the conditions of jouissance draw to the plasticity of erotic life, and therefore to the voluntarist claim to unlimited gender change (Judith Butler).

**Keywords:** *Identification, Analyst’s desire. Candidate to keyword: Gender stereotypes.*

## Referencias

- Allouch, J. (2 de noviembre de 2005). Avergonzados. *elsigma.com*. <https://www.elsigma.com/columnas/avergonzados/8670>
- Baranger, M. y Baranger, W. (s. f.). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis (En línea)*. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792/654> (Trabajo original publicado en 1961-1962).
- Cabral, A. (2009). *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Letra Viva.
- Cabral, A. (2020). *El perdón y sus límites*. Teseo.
- Ferrante, E. (2018). *La hija oscura*. Lumen. (Trabajo original publicado en 2006).
- Francia prohibió por ley las “terapias de reorientación” sexual (25 de enero de 2022). *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/397583-francia-prohibio-por-ley-las-terapias-de-reorientacion-sexua>
- Gyllenhaal, M. (directora) (2021). *La hija oscura* [película]. Endeavor Content, Pie Films, Samuel Marshall, In the Current, Faliro House.
- Lacan, J. (1980). Intervención sobre la transferencia. En J. Lacan, *Escritos 1*, Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1951).
- Lacan, J. (1987). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J. (1999). Clase del 29/1/1958. En J. Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958).
- Lacan, J. (2003). Obertura de esta recopilación. En T. Segovia y A. Suárez (trad.), *Escritos 1* (pp. 3-4). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J. (2012). Nota sobre el niño. En J. Lacan, *Otros escritos*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1975).
- Lacan, J. (s. f.). Clase del 17 de marzo de 1965. En J. Lacan, *Seminario 12: Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. <https://e-diccionestjustine-elp.net/wp-content/uploads/2019/10/Problemas-cruciales-para-el-psicoana%CC%81lisis.pdf> (Trabajo original publicado en 1964-1965).
- Langer, M. (1976). *Maternidad y sexo*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1952).
- Mitchell, S. A. (2017-2018). La aparición de características de la vida del analista. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 21-22, 119-126.
- Orduz, F. (18 de febrero de 2022). *Cuerpo trans (10 hipótesis)*. Conferencia dictada en el ciclo Vozes Internas & Vozes Externas de la Sociedade Portuguesa de Psicanálise.
- Recalcati, M. (2018). *Las manos de la madre*. Anagrama.
- Tórrez Pinto, H. (2007). *Violencia contra la niñez en Bolivia*. Ine-Unicef.
- Wald, A. (2019). El psicoanálisis en un mundo plural. *Docta*, 14.

Recibido: 18/03/2022 - Aprobado: 18/04/2022